

BADAJÓZ EN 1658

EL FORTÍN DE SAN MIGUEL

Ya hemos indicado que la conquista del fortín de San Miguel fué propósito firme de los portugueses. Primeramente se intentaron los aproches. El general Alfonso Hurtado, asistido por el tercio del conde de San Juan, hizo levantar una batería de seis medios cañones, tan vecina al fortín, que este mismo la ponía a cubierto de los fuegos de la plaza; pero los resultados no respondieron al esfuerzo, porque los parapetos eran sólo de fajina y las balas los atravesaban sin deshacerlos. También entraban las balas en los terraplenes sin abrir brecha. Estas dificultades fueron comunicadas a Mendes de Vasconcellos, que quiso oír la opinión de los consejeros del ejército, los cuales decidieron, después de un detenido estudio, que sin más dilaciones se asaltase el fortín de San Miguel.

El desarrollo de la operación fué encomendado a Andrés de Albuquerque, que con este objeto dividió la caballería en tres cuerpos, con 800 caballos cada uno. Él se reservó el mando del primero, asistido del teniente general Diniz de Mello

de Castro y del comisario Juan Venicheli; entregó el segundo al teniente general Achim de Tamaricurt y al comisario Juan da Silva y Sousa, y el tercero a Manuel Freire de Andrade. La misión de estas fuerzas era ocupar los lugares estratégicos entre la ciudad y el fortín para evitar los socorros.

El duque de San Germán, advertido de este peligro, había tomado algunas precauciones, pero por desgracia no todas las que debiera. Se resolvió que del mando de San Miguel se encargara el maestre de campo D. Guillermo Dogan, irlandés, en sustitución del sargento mayor Juan Simón de Torres, con 300 infantes elegidos de todos los tercios, y también se dispuso el emplazamiento de tres piezas de campaña: una junto al foso del fortín, y las otras dos en una media luna que corría entre éste y la plaza. Durante la noche, las tropas del duque de Osuna vigilarían los puestos de más peligro, retirándose, al rayar el día, a la ciudad, por entender nuestros generales que, en caso de apuro, tenían medios sobrados para aproximarse al fortín antes que pudiera hacerlo el enemigo. En virtud de estas precauciones, los portugueses se vieron obligados a realizar, a pleno sol, las operaciones para el asalto.

Al amanecer el día 20 de julio de 1658 se retiraron, como de costumbre, a la ciudad las fuerzas del duque de Osuna, y éste fué el momento que supo aprovechar Andrés de Alburquerque para la iniciación de sus planes. De los cerros cercanos al fortín de San Miguel descendieron los portugueses con el fin de lograr las posiciones recién abandonadas por las tropas españolas. A una señal convenida, que consistía en seis disparos de cañón de la batería que habían levantado en las proximidades de San Miguel, avanzó la caballería, ocupando, no sin gran trabajo por las dificultades del terreno, el lugar que se le había señalado, asegurándole el lado derecho el maestre de campo Diego Gómez de Figueredo, y el izquierdo el conde de la Torre. Al oír los disparos, salieron de la plaza el duque de Osuna con toda la caballería, el tercio de la Ar-

mada y el llamado de los tigres, que dirigía D. Jerónimo Quiñones, con la pretensión de recuperar los puestos que poco antes habían abandonado. Los lusitanos se mantuvieron briosamente, y al ver la grave situación de nuestros soldados, el duque de San Germán decidió salir de Badajoz con todos los cabos y oficiales y el resto de la tropa para socorrer el fortín antes que la infantería enemiga estableciese contacto con la caballería. De los pormenores de esta arriesgada empresa fué encargado el tercio de la Armada por ser el más numeroso y lucido y por mandarlo un irlandés, hermano de Dogan, gobernador del fortín.

Andrés de Alburquerque, dándose cuenta de los propósitos del duque de San Germán, envió instrucciones a Luis de Meneses, que iba con uno de los batallones de la vanguardia, para que avanzase y procurara interceptar la marcha de las tropas españolas. Cumpliéronse sin dilaciones las órdenes, y la fortuna fué pródiga con Luis de Meneses, pues levantándose el terreno frente a su batallón, pudo avanzar sin ser visto, pensando en un ataque a la caballería. Pero se sorprendió al hallar descubierto el flanco izquierdo del tercio de la Armada, y, aprovechando la oportunidad que le deparaba la suerte, se filtró en sus filas y produjo estragos de verdadera consideración. Ganoso el duque de Osuna de compensar esta desgracia, atacó gallardamente a los soldados de Andrés de Alburquerque y Diniz de Mello, en quienes encontró una valerosa resistencia que hizo más dura y cruel la batalla.

Durante la bárbara pelea cayó herido de gravedad Diniz de Mello, y fué prisionero de nuestros soldados hasta un lugar muy cercano a Badajoz, donde pudo librarse socorrido por la caballería portuguesa. Por cierto que en trance tan apurado dió muestras de serenidad y valor. Habiéndose detenido D. Luis da Costa y varios soldados para recogerlo y trasladarlo a lugar seguro, pedía que, desamparándole, siguiesen a los castellanos, porque esto era lo que interesaba a la nación. La

encarnizada lucha duró bastante tiempo, y acabó sin entrar en el forlín ningún socorro de la plaza.

* * *

Ante el giro que tomaban los acontecimientos, y desconcertado por el fracaso de este combate, el duque de San Germán llamó a consejo a todos los cabos del ejército, y propuso la votación de los puntos siguientes:

«Si convendría preguntar a Su Magestad si mandava que se quedasse aquí toda la cavalleria y todos los cabos del ejército, o si saldria parte della con algun cavo para disponer el socorro quando ya estuviesse cerca de cerrarse la línea.

—Si debía mantenerse el fortin de San Miguel.

—Si seria bien mantener y guarnecer a Talavera y en qué forma.

Y aviendose votado variamente, ordenó el Duque que todos diessen sus votos por escrito para remitirlos a su Magestad; hizosse assí, y porque los cabos dieron su parecer sobre todos los puntos distintamente, volvió el Duque a imbiar villete a todos los del Consejo en que les dezia: que lo que se habia propuesto era solo lo primero, y que assí a esto respondiessen, y assí se hizo, caso que todos concuerdan en que se propusieron los cinco puntos, y entre ellos el de dar cuenta a su Magestad y aguardar su resolución—su parecer era éste—

Excmo. Señor.

Sobre los puntos que V. Ex.^a se sirvió proponer en la Junta que hizo ayer para que se votassen por escrito, me parece en quanto al primero que se debe mantener

el fortin de San Miguel por ser puesto muy importante, assí para estorvar que no cierren los rebeldes el paso a esta plaça con menos ambito y mas brevedad como para que haya algun espacio de tierra mas en que puedan entretenerse los ganados, y finalmente porque seria dar grandissimo orgullo a los rebeldes y acavar de desalentar a los nuestros viendo abandonar sin ser forçados un puesto que se fortifico con tanta consideración.

En quanto a si conviene sacar parte de la cavalleria de esta plaça, juzgo que dexando 500 hasta 600 cavalleros escogidos se deve sacar el resto, para con él enfrenar las correrias a la cavalleria rebelde, que se desmandaran con grave daño de la provincia teniendo encerrada aquí todas las tropas; servirá tambien esta cavalleria para assegurar los comboyes dandose la mano con la de la plaça, y para formar grueso para el socorro será necessaria, y ultimamente podran entretenerse mucho mas tiempo con la cevada que ay las tropas que quedaren, punto tan considerable en un assedio, pero soy de opinión no se deve sacar, hasta que esté en su perfección el fortin de San Miguel; porque no se arroje el enemigo mas facilmente a asaltarle viendo nos faltan estas fuerças.

Por lo que toca a los cabos que será bien salgan para disponer el socorro, lo tengo por precisso assí, porque no conviene al crédito de las armas de su Magestad que no solo nos sitien los rebeldes la plaça, pero a todo el exercito con sus cabos; como porque fuera esto privarnos desde luego de la esperanza de socorro, no aviendo otros cabos que puedan intentarle, ni siendo facil el traerlos de otra parte; y assí me parece que deve salir V. Ex.^a como capitán General y Governador de las Armas, y el Señor Duque de Ossuna, de Tenien-

te General, y dos Comissarios generales para el gobierno de la cavalleria que sale y de la que se irá juntando, y tambien alguno de los Maestros de Campo de la Provincia con parte de los oficiales para que la gente que fuera juntandose tengan cabos que la gobiernen.

El puesto mas conveniente para plaça de Armas, assí para juntar el socorro, como para assegurar los comboyes y tener a raya las partidas rebeldes, me parece será Talavera, en cuya conservación consiste tambien la del passo a esta plaça, y hallandose las dos con fuerças razonables dificultosamente se resolveran los rebeldes a meterse entre ellas, estando entre sí tan vezinas; y para assegurar desde luego aquel quartel se puede detener en él los 550 hombres que vienen de Cadiz y sacar de aqui uno de los tercios de la Provincia para que alli se lleve de la gente que le faltare, y se le agregue la que se fuere juntando, que con mas de mil cavallos que pueden sacarse, parece suficiente guarnicion, la qual devemos creer a de ir cada dia con las diligencias que hará V. Ex.^a para el socorro: y se podran reparar con esta gente y los vezinos las fortificaciones de aquel quartel de modo que esté libre de un asalto repentino: porque de elegirse otro lugar, más la tierra adentro, no se seguiran las conveniencias al Real Servicio que aquí se apuntan, y será mayor el desmayo desta plaça y el aliento de los rebeldes, reputando por temor la providencia.

Y en quanto a si se deve dar cuenta dello a su Magestad y aguardar su resolucion me parece que sí, supuesto que en seis dias se puede hazer tiempo en que probablemente no se avian acabado de cerrar los rebeldes; casso que si antes la necesidad apretasse juzgo deve V. Ex.^a, pues se hallan aquí tantos y tan grandes cabos, conferir y resolver con ellos lo que pareciere

mas conveniente al Real Servicio. Badajoz Julio de 1658.»

Éste fué el problema que planteó a nuestros generales la decidida actuación de los portugueses sobre el fortín de San Miguel. Para el buen éxito de esta operación era necesario que tuviesen realidad todas aquellas ideas tan razonadamente expuestas en el documento que hemos copiado. Si la necesidad y la prudencia exigían que nuestras tropas no se encerraran dentro de los muros de la capital, también aconsejaban que inmediatamente se pusiese en condiciones de defensa el pueblo de Talavera, punto de comunicación fácil con Badajoz, por donde éste podía recibir auxilios y mantener contacto con el resto de España. Yo no sé si esto último llegó a realizarse, aunque sospecho que no hubo ocasión porque los sucesos se precipitaron.

En mal estado debían encontrarse las fortificaciones de Talavera, a juzgar por la noticia siguiente que nos proporciona el escritor D. Nicolás Díaz Pérez: «Para prepararse a cualquier evento, y una vez libre el suelo patrio de soldados enemigos, se pensó en levantar fortificaciones en algunos pueblos de la frontera, siendo Talavera una de las villas designadas para gozar de este beneficio. El mariscal Tessé y el brigadier D. Rodrigo Moscoso pasaron a Talavera, en fin de 1704, a formar el plano de las obras que se comenzaron al siguiente, en 1705, terminándose en el mismo. Consistían éstas en una circunvalación de reductos y trincheras que defendían al pueblo, en caso extremo, con algunos resultados. Tenía la villa dos puertas de comunicación, una por oriente y otra por poniente, facilitando el paso del camino real de Badajoz a Madrid ésta, y de Lobón a levante la otra.» (1)

(1) *Historia de Talavera la Real, villa de la provincia de Badajoz*, por D. Nicolás Díaz y Pérez, del Instituto de Coimbra y de la Academia Arqueológica de Madrid. — Imprenta de Manuel Ginés Hernández, San Miguel, 23, bajo, 1879. Pág. 146.

Es conveniente comprobar las afirmaciones del Sr. Díaz y Pérez, porque se equivoca con frecuencia. De sus palabras se deduce que en Talavera no hubo fortificaciones hasta los primeros años del siglo XVIII, pero según el documento copiado más arriba, nuestros generales, en 1658, ante los agobios de las circunstancias, no pedían la construcción de elementos defensivos, sino la reparación de los mismos, lo que a mi juicio prueba claramente que a mediados del siglo XVII ya existían en dicho pueblo construcciones de esta índole. También afirma este escritor que Olivenza se rindió a las tropas del duque de San Germán en 1648, y está probado documentalmente que este suceso ocurrió el día 30 de mayo de 1657.

En el mes de junio de 1658, los portugueses habían cerrado el cordón que rodeaba nuestra ciudad, poniéndola en apurado trance. El nuevo obispo D. Diego del Castillo y Artiaga, que, por poder, tomó posesión de su cargo el 14 de dicho mes y año, no pudo entrar en Badajoz por la estrecha vigilancia de los enemigos, y tuvo que retirarse a Zafra, donde enfermó y murió al amanecer del 22 de septiembre, sin haber logrado residir un solo día en la capital de su diócesis. Tan difíciles eran las comunicaciones durante el sitio, que no figuran comisarios del Cabildo Catedral ni en la enfermedad ni en la muerte del Sr. Obispo, y a pesar de haber fallecido el 22 de septiembre, hasta el 16 de octubre no se declara la vacante de la silla episcopal. En aquella ocasión fué nombrado visitador general del Obispado el Dr. D. Juan Solano de Figueroa y Altamirano, ilustre autor de la *Historia Eclesiástica de la Ciudad y Obispado de Badajoz*, publicada en varios tomos por el Centro de Estudios Extremeños.

JESÚS RINCÓN.